

vernácula de este texto, un romanceamiento que estaría conectado al uso que del mismo se haría en la liturgia, asociado a la celebración de la Hanukká.

Precisamente, este estudio se cierra con una edición de esta versión castellana (pp. 141-155) que debe ser puesta en correspondencia con toda la paraliteratura caballeresca que a lo largo de esta centuria se produce.

Al margen de estos resultados, la monografía, como se ha advertido, es modélica por el método de análisis, plural y multidisciplinar que se emplea; no es ya sólo el texto que los códices albergan lo que debe interesar, sino la historia de ese volumen, las circunstancias de su producción y de transmisión los elementos que deben tenerse en cuenta para comprender realmente cómo una obra se configura, se lee y se convierte en objeto, también en signo, de los modelos culturales que la requieren.

Fernando Gómez Redondo  
*Univ. Alcalá de Henares*

Alfonso X el Sabio, *General estoria. Primera parte*, ed. de Pedro Sánchez-Prieto Borja, Madrid, Biblioteca Castro, 2001. Vol. I. *Génesis*, 576 págs.; vol. II: *Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio*, 1002 págs.

Con la publicación, en esmerada edición crítica, de la *Primera parte* de la *General estoria*, inicia la Biblioteca Castro el ambicioso proyecto de editar, por fin, la historia universal que concibiera el Rey Sabio como imagen, suprema y absoluta, de su poder político y de su visión cultural. Inés Fernández-Ordóñez se encarga de dirigir este proceso de restauración -porque no es otra la palabra que debe emplearse- cronística, que abren estos dos volúmenes; ha de pensarse que eran muchas las secciones -cuando no partes- de esta enciclopedia cronográfica que permanecían aún sin publicar; las dos primeras partes sí lo habían sido por Antonio García Solalinde, con más garantías la *Primera* que la *Segunda*, aunque con unos métodos ecdóticos que ofrecían más de una dificultad para la lectura e interpretación del texto; la *Tercera*, salvo los *Libros de Salomón*, sigue constituyendo un verdadero enigma, parcialmente resuelto por la aparición reciente de un ms. que contiene fragmentos desconocidos de su compilación; las tres partes últimas deben leerse, con muchas precauciones, en las transcripciones medio paleográficas del Hispanic Seminary of Medieval Studies, necesarias para la elaboración de concordancias uniformes, pero no seguras en cuanto a los resultados ofrecidos

(véase, aquí, la muestra de errores detectados en pág. lxx); quiere decirse con esto que la *General estoria*, tras los pormenorizados análisis críticos de Solalinde, permanecía totalmente olvidada para el filólogo, aunque no para el historiador de la literatura, que, eso sí, debía limitar su pesquisa a las dos primeras partes.

Ha sido necesario que pasen varias décadas para que en España se haya creado una escuela de crítica textual capacitada para acometer este proyecto. Por una parte, los espléndidos trabajos de Fernández-Ordóñez sobre la *Estoria de España* se han extendido a la totalidad de la *General estoria*; por otra, el acercamiento de Sánchez-Prieto al estudio de los romanceamientos bíblicos, a la historia de la lengua como garante del proceso de reconstrucción textual, a los mismos problemas de las ediciones críticas, lo convertían sin duda en el especialista mejor dotado para acometer esta primera entrega de la *General estoria*.

Como es norma en los volúmenes de la Biblioteca Castro, la Introducción de los textos es más bien parca y éstos se ofrecen desnudos de cualquier anotación; en este caso, P. Sánchez-Prieto ha tenido que comprimir, en ochenta páginas exactas, los muchos problemas que derivan de una obra de estas características: la tradición textual, el manejo de fuentes, el trabajo de los talleres, la labor personal de su instigador, las posibilidades de corrección inspiradas por el propio rey, la conexión del texto, en fin, con el modelo cultural en que se inscribe y con la concepción historiográfica con que Alfonso iba definiendo su figura de *imperator litteratus*. Sánchez-Prieto no se aparta de las vías que Solalinde siguiera para publicar, en 1930, esta *Primera Parte*, sobre todo, porque se cuenta con un códice de la cámara de Alfonso X, el ms. A (BN 816), cuyo principal problema, amén de una serie de lecciones equivocadas, es la ausencia de colofón, por falta del último cuaderno; además de los errores, hay voces que aparecen raspadas y corregidas; con todo, la versión que contiene este códice no puede reputarse como el último estadio textual, aprobado por el propio rey; y menos en el caso de Alfonso que corregía las líneas maestras de la historia en función de los muchos problemas a que se enfrentaba y de las ambiciones que perseguía; en este caso, los códices *E* y *F* (traducción gallega) contienen una redacción diferente, en varios pasajes, a la que supuestamente se aprobaba para entrar en *A*; posiblemente no se trate de adiciones posteriores a la elaboración de este códice, sino de supresiones de materiales que se reunirían en el proceso previo de la compilación; Sánchez-Prieto concede, al igual que Solalinde, mayor valor a la transmisión textual y otorga validez, en consecuencia, a las lecturas de *A*: "Ofrecemos así

un estado textual homogéneo, aunque no represente tal vez lo que hoy llamaríamos una versión definitiva, sino, sencillamente, una versión distinta, poco posterior en el tiempo”, pág. lxxii.

Ahora bien, esta última consideración no ha de hacer creer que ésta sea “otra” edición paleográfica; en 1998, Sánchez-Prieto publicaba una monografía sumamente necesaria: *Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica*, con una idea fundamental: que cualquier editor pueda ofrecer un texto que no sólo resulte homogéneo en su articulación de grafías, sino sobre todo legible; por este motivo, se renuncia aquí a una serie de detallismos gráficos -*qu* por *c*- que hubieran ayudado al historiador de la lengua, sin duda, pero hubieran entorpecido el proceso mismo de la lectura; ello no significa que no se corrijan todos los errores de *A*, así como las lecturas equivocadas de Solalinde y las posteriores de Madison; hay una serie de enmiendas que mejoran notablemente el texto y que impone la propia lógica del sentido; dos casos: II, 427, 31 *pora servir en el tiemplo* [tiempo] o II, 586, 7 *e assaron* [assacaron] *por esta razón maneras de ídolos*; es cierto que no en todos los casos hay esta seguridad para poder corregir, porque no resulta factible saber si ha sido el copista de *A* el que ha deturpado el texto o bien se ha limitado a transcribir los materiales que los *ayuntadores* le han presentado; aclarar estos aspectos hubiera requerido comparar el texto alfonsí con sus fuentes, la única manera de realizar una verdadera edición crítica de la *General estoria*; ello resulta materialmente posible en algún caso - como los *Libros de Salomón*, preparados por Sánchez-Prieto y Horcajada Diezma- mientras que en un constructo tan complejo como el de esta *Primera parte* hubiera exigido un rastreo de fuentes quizá ya perdidas, además de que no sería fácil discernir la versión que de tal o cual obra pudieron tener delante los compiladores alfonsíes.

La publicación de la *Primera parte* se ofrece en una versión que puede considerarse completa al suplirse el último cuaderno con el ms. *G'* (Escorial Y-i-4) en el que figura un colofón que se rechaza en el texto, no en el aparato, por considerarse espurio. Precisamente, uno de los aspectos más valiosos de esta edición lo constituye ese aparato de variantes que se incluye entre las págs. 985-1002 y que asombra por el número de lecciones que han sido sometidas a revisión crítica; es un aparato negativo, puesto que señala las lecciones de *A* -o de *G'* cuando se usa- que han sido rechazadas en el restablecimiento del texto, procurando ofrecer en todo momento una información que ayuda a reconstruir la historia misma del texto, el proceso de su formación a través de las distintas manos que lo fueron creando; con el signo (+) se

marca la lección primigenia cuando ha sido corregida por esa misma mano; (1) indica la corrección de esa primera mano; (\*) advierte de que la lección primera ha sido corregida por una segunda mano; (2) señala las correcciones de la segunda mano. El proceso es muy completo sobre todo porque permite reconstruir la vida misma que el texto ha sufrido.

Deben, en fin, la filología medieval y la historia de la literatura sentirse satisfechas no sólo por la aparición de un texto alfonsí, plenamente restaurado, sino por la aplicación de un método de crítica textual que puede servir de modelo y de guía para trabajos similares. Aunque, sin duda, no llegarán a tener la envergadura de esta magna historia universal que Pedro Sánchez-Prieto entrega con el deseo de “que esta edición sirva para que nuevas generaciones de lectores disfruten de la *General estoria*”, pág. lxxvi, y, cabría añadir, para que una promoción de filólogos pueda aprender los rudimentos y las técnicas de la única disciplina que puede otorgar valor al resto de los estudios literarios y lingüísticos: la crítica textual.

Fernando Gómez Redondo  
*Univ. Alcalá de Henares*

Enzo Franchini, *Los debates literarios en la Edad Media*, Madrid, Labyrinth, 2001, 319 págs.

El noveno volumen de la cada vez más consolidada e imprescindible colección *Arcadia de las Letras* que dirige Víctor de Lama está dedicado al género de los debates medievales, sobre el que existía una bibliografía muy abundante pero también muy irregular y dispersa, y del que desde hacía tiempo se venía reclamando un volumen monográfico, unitario y actualizado como resulta ser éste. Los textos que se han aglutinado tradicionalmente bajo el epígrafe genérico de *debate medieval* son sumamente heterogéneos y variados en su procedencia, registro idiomático, tema, estilo, ideología e intenciones, y por ello no resultaba nada fácil situarlos dentro de un marco teórico y estético común. Aunque comparten algunas características estructurales —sobre todo la forma dialogada— y retóricas, lo cierto es que sus autores —fuesen los que fuesen, pues la mayoría son anónimos— nunca pretendieron acogerse a una escuela poética común, y sólo debían ser conscientes de su adhesión a un modo de representar el mundo según un modelo dialógico de perfiles y proyección tan laxos y abiertos que no sólo estaban vigentes